

El Espíritu Santo

Los elementales componentes de la materia que forman todos los seres y cuerpos de la existencia en este universo sin límites, están en perpetuo movimiento, pasando por continuos grados de evolución. Por ejemplo, imaginemos un átomo del reino mineral, en su progreso ascendente hacia el reino vegetal, formando parte de la composición de las fibras de un árbol o de una planta; aquí es asimilado y transferido al reino animal y finalmente por la ley y el proceso de la composición de los cuerpos, viene a constituir una parte del cuerpo humano. Es decir este átomo ha atravesado, en el curso de su viaje, todos los grados o estaciones intermedias del fenómeno de la existencia, formando parte en la composición de varios organismos. Este movimiento o transferencia es progresivo y perpetuo, porque después de la desintegración del cuerpo humano, del cual él forma parte, regresa al reino mineral, de donde vino, para continuar nuevamente su viaje a través de los reinos que constituyen los fenómenos de la naturaleza. Es ésta una ilustración ideada para demostrar que el átomo elemental constitutivo del mundo de la naturaleza pasa por una transformación progresiva y viaja a través de los reinos materiales.

En su incesante progreso y continuos viajes, el átomo se satura, se empapa, con las virtudes y poderes de cada grado o reino que ha atravesado. En el grado mineral, posee afinidades minerales, en el reino vegetal se manifiesta la virtud del desarrollo o poder del crecimiento; en el organismo animal, se refleja la inteligencia de aquel grado y en el reino del hombre, se califica con las virtudes o atributos humanos.

Aun más, las formas y los organismos de los seres existentes, en cada uno de los reinos del universo, son numerosísimos e incontables. El reino vegetal por ejemplo, tiene una infinita variedad de tipos y estructuras materiales de vida, diferentes entre sí, no encontrándose dos exactamente idénticas en su composición o en sus detalles, porque no hay repeticiones en la naturaleza y la virtud del desarrollo no puede confinarse a una sola imagen o forma. Cada hoja tiene su propia identidad particular, mejor dicho, su propia individualidad como hoja. Además, cada átomo, de los innumerables átomos elementales, durante su incesante movimiento a través de los reinos de la existencia, como elemento constitutivo de composición orgánica, no solamente se empapa con los poderes y las virtudes de los reinos que atraviesa, sino que también refleja los atributos y cualidades de las formas y organismos de esos reinos. Cada una de estas formas

tiene su virtud individual y particular, por consiguiente, cada uno de estos átomos elementales del universo, tiene la oportunidad de expresar una variedad infinita de estas virtudes individuales. Ningún átomo está privado o despojado de esta oportunidad o derecho de expresión. No se puede decir de ningún átomo en particular, al cual la naturaleza le hubiera negado iguales oportunidades que a otros átomos; de ningún modo, todos están privilegiados para poseer las virtudes existentes en esos reinos y para reflejar los atributos de sus organismos. En las varias transformaciones o pasajes de un reino a otro, las virtudes expresadas por los átomos en cada grado son peculiares a aquél. Por ejemplo, en el mundo mineral, el átomo no expresa la forma vegetal u orgánica y en el proceso de transmutación, asume las virtudes del grado vegetal; en éste no refleja los atributos de los organismos animales, y así sucesivamente.

Es evidente entonces que cada átomo elemental está poseído de la capacidad de expresar todas las virtudes del Universo. Ésta es una realización sutil y pura. Medita sobre ello, porque allí descansa la verdadera explicación del panteísmo. Desde este punto de vista y el de la percepción, el panteísmo es una verdad, porque cada átomo en el universo posee y refleja las virtudes de la vida, cuya manifestación se efectúa a través de cambios y transformaciones. Por consiguiente el origen y consecuencia de los fenómenos de la naturaleza es Dios Omnipresente, porque la realidad de todos los fenómenos existentes es debida a Él. No hay realidad ni manifestación de ella sin la mediación de Dios. La existencia se realiza y se hace posible solamente a través de la munificencia de Dios. Lo mismo que la luz o llama que nos brinda una lámpara, se materializa de acuerdo a la bondad de la lámpara que la origina. Aun así, todos los fenómenos se realizan por la Gracia Divina, y la explicación de las verdaderas declaraciones y principios del panteísmo es, que los fenómenos del universo encuentran realización a través del único Poder que anima y domina todas las cosas; y que todas ellas son únicamente manifestaciones de Su energía y gracia. La virtud del ser y de la existencia no puede hacerse efectiva a través de otro agente. Por lo tanto, encontramos en las palabras de Bahá'u'lláh su primera enseñanza: la unidad del mundo humano.

Bahá'u'lláh enseñó que no importa cuanto avance el mundo humano en civilización material, él siempre estará necesitado de virtudes espirituales y de las bondades de Dios. El espíritu del hombre no está iluminado ni vivificado por una fuente material. No puede ser resucitado, revivido por una mera investigación de los fenómenos del mundo y de la naturaleza. El espíritu del hombre necesita de la protección del Espíritu Santo. Así como avanza, por estados progresivos, desde el mundo físico del ser, al del dominio intelectual, así también debe desarrollarse progresivamente en atributos morales y gracias espirituales. En el proceso para

alcanzar este estado, más que nunca, necesita de la gracia del Espíritu Santo. El desarrollo material puede ser comparado al tubo de una lámpara, en el cual, las virtudes divinas y manifestaciones espirituales son la luz dentro del tubo. La lámpara es inútil sin la luz; igualmente el hombre, en su condición material, requiere la radiación y vivificación de las gracias divinas y Sus misericordiosos atributos. Sin la presencia del Espíritu Santo, él queda sin vida. No obstante de estar mental y físicamente vivo, él está muerto espiritualmente. Su Santidad Jesucristo dijo: “Aquello que nace de la carne es carne y aquello que nace del Espíritu es espíritu”, significando que el hombre debe nacer otra vez. Como un niño nace a la luz de este mundo físico, así también el hombre físico intelectual debe nacer a la luz del mundo de la Divinidad. En la matriz de la madre, el niño está privado e inconsciente del mundo de la existencia material, pero después de su nacimiento contempla las maravillas y bellezas del nuevo estado de su ser. En el mundo de la matriz está totalmente ignorante e incapaz de concebir estas nuevas condiciones, pero después de sus transformaciones, él descubre el sol radiante, los árboles, las flores y una escala infinita de bendiciones que le esperan. En el plano humano, en el reino del hombre, es un cautivo de la naturaleza e ignorante del mundo divino, hasta que vivificado con el aliento del Espíritu Santo, es sacado fuera de las privaciones y límites de las condiciones físicas. Entonces, contempla la Realidad del estado del Reino espiritual, comprende las estrechas restricciones del mundo humano de la existencia y se torna consciente de las ilimitadas Glorias del Mundo de Dios. Por lo tanto, no importa cuánto pueda avanzar el hombre en el campo físico e intelectual, más que nunca, necesita de las infinitas virtudes de la Divinidad, de la protección del Espíritu Santo y de la irradiación del Santo Rostro de Dios.

'Abdu'l-Bahá, Fundamentos de Unidad Mundial, p. 97
